

—Te oí salir y te seguí —dijo.

No podía verle la cara pero me pareció que en su voz había un tono burlón. Puede que me equivocara —puede que no fueran más que mis nervios—, pero en aquel preciso momento me pareció que se jactaba de haberme seguido. Me cegó la ira y, dejando caer la bolsa, me abalancé sobre él. Yo había salido victorioso en dos de los tres últimos encuentros que tuvimos y confiaba en volver a ganarlo.

Según se demostró, el exceso de confianza y la cólera ciega no servían de mucho. Me derribó, yo me levanté y volvió a derribarme. Poco después yo me encontraba en el suelo y él sentado encima de mí, sujetándome las muñecas con las manos. Sudé, forcejeé y me revolví, pero no sirvió de nada.

Me tenía firmemente sujeto.

—Escucha —me dijo—. Quiero decirte una cosa. Sé que te quieres escapar. Estoy seguro, por la bolsa. Lo que te digo es que quiero irme contigo.

En respuesta di una rápida sacudida y me giré, pero su cuerpo rodó con el mío y siguió manteniéndome sujeto. Me dijo, jadeando un poco:

—Quiero ir contigo. Aquí ya no tengo nada.

Su madre, mi tía Ada, fue una mujer alegre, vivaz y cariñosa, incluso durante los largos meses de enfermedad. Mi tío Ralph, por el contrario, era un hombre lúgubre y taciturno que siempre había querido —quizás con un sentimiento de alivio— que su hijo se fuera a otra casa. Me di cuenta de lo que quería decir Henry.

Además, había otra cuestión de mayor importancia práctica. Si yo hubiera ganado la pelea, ¿entonces qué? ¿Dejarlo allí y correr el riesgo de que diera la alarma? No podía hacer otra cosa. Mientras que si se venía conmigo... podría darle esquinazo antes de llegar al puerto, junto al capitán Curtis. No tenía ninguna intención de llevármelo conmigo. Seguía cayéndome mal y, aunque no fuera así, me habría sentido reacio a compartir los secretos que me transmitió Ozymandias.

—Déjame levantarme —dije, y dejé de forcejear.

—¿Puedo ir contigo?

—Sí.

Henry me soltó. Me sacudí el polvo y nos miramos fijamente a la luz de la luna. Dije:

—Naturalmente no te habrás traído comida. Tendremos que compartir la mía.

En un par de días tendríamos el puerto a nuestro alcance, y había suficiente para los dos hasta que llegáramos.

—Vamos —dije—. Más vale que salgamos ya.

Avanzamos bastante a la luz de la luna y, cuando amaneció, nos encontrábamos bien lejos de nuestra tierra. Decidí hacer un alto breve; descansamos, nos comimos media barra de pan con queso y bebimos agua de un arroyo. Después proseguimos, cada vez más cansados, mientras el día transcurría penosamente y un sol abrasador surcaba el cielo azul y seco.

Sería mediodía y estábamos sudorosos y acalorados cuando llegamos a lo alto de una pendiente y contemplamos un valle con forma de plato. Se veía la tierra bien cultivada. Había un pueblo y otros lugares habitados diseminados por doquier; las figuras de los hombres que trabajaban los campos sembraban hormigas. La carretera atravesaba el valle y el pueblo. Henry me asió del brazo y señaló:

—¡Mira!

Cuatro hombres se dirigían a caballo hacia el pueblo. No tenía por qué llamar nuestra atención. Pero podía tratarse de un grupo de búsqueda que iba a por nosotros.

Poco antes, habíamos bordeado un bosque y tomé una determinación.

—Nos vamos a quedar en el bosque toda la tarde. Podemos dormir algo y por la noche estaremos frescos.

—¿Crees que lo mejor es viajar por la noche? —preguntó Henry—. Ya sé que es más difícil que nos vean, pero tampoco veremos nosotros. Podríamos rodear la cumbre de la loma, aquí arriba no hay nadie.

—Tú haz lo que quieras. Yo me voy a descansar.

—Nos quedaremos aquí si tú lo dices —me respondió Henry, y se encogió de hombros.

Su pronta aquiescencia no me aplacó. Tenía la incómoda sensación de que no le faltaba razón. Me dirigí al bosque en silencio y Henry me siguió. Encontramos un lugar muy adentrado en la maleza,